

A propósito del nuevo libro de Zorrilla de San Martín

Una historia de la génesis espiritual de *El sermón de la paz*, del gran escritor uruguayo

Montevideo, mayo de 1924.

LEGA a mis manos, oloroso a tinta húmeda, *El Sermón de la Paz*. Me preparo para atender, en recogimiento y quietud, la homilía en que Juan Zorrilla de San Martín habla de la paz, de la guerra, del patriotismo, de muchas cosas esenciales y humanas (y también de algunas sobrehumanas), cosas de todos los tiempos y que en estos revueltos que vivimos ondean como banderas o como signos de contradicción.

Creo poder conjeturar, sin fundamentales yerros, la historia de este libro. Hace algunos años, en plena guerra mundial, Zorrilla de San Martín comenzó a escribir un libro cuyo título sonaba a prosa de combate: *El canto a Aegir*. Este Aegir, no sé cuál nebulosa divinidad nórdica, dios conquistador y belicoso, había sido cantado por el emperador Guillermo II en una de sus horas de diletantismo artístico. Aquel recuerdo del himno imperial y guerrero daba a Zorrilla el nombre de su libro, libro militante, de política aliada, libro pasional en el que exponía su concepción propia del conflicto universal, de la política americana y de la política internacional de su país. El libro estuvo años enteros en el taller del artista. Zorrilla de San Martín está muy lejos de ser un improvisador. Limpia y retoca y vuelve al telar sus obras con exquisita diligencia y cuidado. Este orador de abundante palabra, este fecundo prosista, ha penado mil veces sobre la página inconclusa; mil veces ha perseguido la forma inasequible y perfecta, siempre presente, como norma o arquetipo, en la mente de todo artista. Cada libro que nace es urna cineraria de otros que pudieron ser y no fueron. Acaso nuestros mejores pensamientos, los más nuestros, son los que un instante no más revelan en silencio rozando con las alas la frente inclinada sobre el papel immaculado como una losa sin

nombre; efímeros que aparecen y danzan esclarecidos por un rayo de sol de la conciencia y ruedan luego precipitados, acaso para siempre, a la sombra y al misterio fosforescente de larvas de nuestro mundo interior. Dos ediciones alcanzó la *Epopéya de Artigas* antes de que el autor se mostrara contento de su obra, y aun quedó en los archivos de algún impresor una intermedia, informe montón de pruebas negras de anotaciones y agregados marginales. Los discursos que han granjeado su fama de orador a Zorrilla, los buenos, muchos admirables, son forjados a fuego lento y muestran el paciente trabajo de la lima. Es en las obras en verso en las que se encuentran los trozos o fragmentos menos trabajados; acaso porque en Zorrilla de San Martín el poeta en verso enmudeció demasiado pronto, desde 1887 en que apareció *Tabaré*. Sea por esta causa, sea en parte también por influencia de la forma preferida, la estrofa becqueriana asonantada, de musicalidad que mece el pensa-

miento como al compás de una dulce cantilena, estrofa nada plástica, propensa al abandono, a la fluidez acuosa, a la imprecisión flotante y vaga del contorno, ello es que hay en *Tabaré* páginas demasiado fáciles, en las que la palabra se desliza por la pendiente del menor esfuerzo, sigue con docilidad la línea de la mínima resistencia. Al cotejar la versión de su último libro de prosa, que ahora comento, con fragmentos anticipados por el autor, noto un tenaz esfuerzo de estilo: esfuerzo por represar su natural elocuencia, su frase de suyo caudalosa y redundante. Tiende Zorrilla de San Martín hacia la difícil facilidad, la limpidez y la transparencia de una prosa hablada, conversación familiar y discurso que busca abrirse un recto camino de persuasión y de emoción hasta el corazón del lector-oyente. El barro blando que cede y se moldea entre los dedos es deleznable como la arcilla humana, destinada a la muerte; sólo la ma-



ZORRILLA DE SAN MARTÍN, en la tertulia de la Librería BARREIRO, de Montevideo.